

Hugo Correa: "El que Merodea en la Lluvia"

Por IGNACIO VALENTE

No tuvo la atención que merecía este extraño libro de Hugo Correa, del cual aparece hoy la segunda edición en Zig-Zag. El autor se propone insertar elementos de ciencia-ficción en una trama detectivesca de sabor decididamente criollo. A pesar de sus imperfecciones formales, esta empresa lo sitúa en un lugar curioso y singular dentro de nuestra narrativa.

La enigmática parapsicología del Merodeador venido del cosmos, en colisión con la simplicidad psíquica de los guinianos, habitantes de un villorrio en la región de Talca, provoca situaciones de alta potencialidad narrativa. A ellas se mezclan los hilos turbios de la política internacional y las intrigas eróticas tejidas alrededor de la protagonista. *Cherchez la femme* parece ser la norma a la que se atiene también el Visitante planetario en sus esfuerzos por comunicarse con el Elegido, un corriente empleado de banco en quien se producirá el primer encuentro cósmico de los mundos pensantes.

Tal vez en razón de estas interferencias siderales, el idioma de la novela no es siempre buena prosa castellana. A veces semeja la traducción argentina de una novela francesa. Y en ocasiones el lenguaje pierde sencillez y se complica con giros artificiosos. Demasiados "dirigióse", "entablóse", "desplazábase", incluso acumulados en un mismo párrafo, consiguen irritar el oído del lector. Pero dejemos estos detalles, fácilmente perfectibles para un autor de la laboriosidad de Hugo Correa.

El montaje narrativo posee un ritmo ágil, muy bien logrado, a través de capítulos cortos que terminan invariablemente en un toque de suspenso. Como la acción transcurre velozmente —en un fin de semana—, cada capítulo suele tomar el cabo de la interrogante abierta por la última línea del anterior, dando a la intriga una sensación dinámica de continuidad y rapidez. La recapitulación de los antecedentes, historias pasadas, informaciones necesarias, está bien repartida e inserta en los hechos presentes, desde el punto de vista lógico. Y, más en general, la intriga detectivesca del caso está bien armada; el mosaico de los enigmas tiene una singular coherencia analítica.

Sin embargo, más allá de la armazón lógica, la estructura propiamente novelística tiene un defecto visible. Demasiadas cosas están dichas bajo la forma de narración dentro de la narración, a cargo de los personajes, que deben convertirse con frecuencia en segundas voces ayudantes del autor, en desmedro de su función protagonista actual. Determinadas partes del argumento se despliegan, no como acciones presentes ni como *flashbacks* de la acción pasada, sino como historias narradas por los personajes, que ocupan un excesivo tiempo en contar. Ciertamente que la índole conjetural de los hechos así lo exige; pero este préstamo periodístico del

reportaje o de la entrevista, obligado sin duda por la complejidad detectivesca de la trama, perjudica en ocasiones al despliegue propiamente narrativo de los sucesos.

En la primera parte de la novela, tales locuciones de los personajes se encaminan a plantear el misterio; en la segunda, se ordenan a resolverlo, dando una excesiva amplitud a las explicaciones. El procedimiento es un acierto lógico, pero es discutible como recurso narrativo.

El mismo contraste se produce en el buscado contrapunto entre las dos voces que narran; la voz convencional, cuyo centro de perspectiva es Salvador, el Elegido, y la otra voz —los textos en cursiva—, que visualiza los mismos sucesos desde las facultades superiores del Merodeador. Este dualismo tiene una evidente ventaja organizativa y lógica, ligada a la idea de fondo de la novela: lo que para las inteligencias humanas es casual, oscuro, completo, voluntario, imprevisible, para la mente del Visitante es diáfano, fácil como juego, determinado como un teorema. Pero tal desequilibrio del conocimiento y del poder tiene una desventaja literaria: la ciencia superlativa del Merodeador, en el plano de la ficción, se convierte en el gratuito conocimiento del propio autor, que sabe demasiado, y por eso juega con sus personajes humanos de una manera algo fácil y mecánica. La dualidad interna se transforma, entonces, en una pugna externa —desabrida por desigual— entre el autor que naturalmente sabe todo lo que vendrá, y el lector que no lo sabe.

Esta desventaja narrativa, sin embargo, está paliada por el finísimo acierto con que Hugo Correa circunda de misterio la entidad del Merodeador. Sólo su poder mental es evidente; vista desde los hombres, su naturaleza es un enigma hasta la última página. Así el misterio y el suspenso se mantienen en todo momento, no obstante la diferencia de planos cognoscitivos.

Si este ser se revelara con la claridad de las historietas siderales, la mencionada pugna dejaría fuera de juego al lector. Pero el novelista tuvo la habilidad de rodear a su personaje extraterrestre de un halo secreto, de una absoluta e intrigante ausencia de detalles empíricos. Y tuvo la fortaleza y el buen gusto de no cerrar la novela con una aclaración, sino con una magnífica y velada ambigüedad. Este clima que circunda al personaje planetario es la fuerza del libro y su mejor atributo narrativo.

Si Hugo Correa mejora la calidad intrínseca de su prosa, y consigue asimilar la lógica analítica de sus fantasías en el dinamismo propio de la narración, podemos esperar singulares resultados de este extraño injerto de la ciencia-ficción en la realidad nacional.